

BIOPOLÍTICA CULTURAL: LAS DERIVAS CONTEMPORÁNEAS DEL GOBIERNO DEMOCRÁTICO

Reseña de Brossat, Alain (2016): *El gran hartazgo cultural*, Madrid, Ediciones Dado.

Fernando Lores Masip
(Departamento de Antropología Social.
Universidad Complutense de Madrid)

Dando continuidad a otras obras anteriores dedicadas al análisis de la biopolítica contemporánea, llega la edición en castellano de *El gran hartazgo cultural* de Alain Brossat. En este libro el autor nos invita a pensar sobre lo que él mismo denomina “democracia cultural”. Entendida como una declinación de la biopolítica inmunitaria característica de los regímenes neoliberales, esta forma culturizada del dispositivo democrático puede entenderse como una extensión de ese biopoder que toma el relevo de la democracia parlamentaria en vías de deslegitimación. Como punto de partida, el autor nos sitúa frente al papel que ocupa la producción cultural en la sociedad contemporánea y la emergencia de la cultura como mercancía “de excepción”. Si cada vez más el producto cultural constituye una especie de mercancía “no como las otras”, sujeta a reglas diferenciadas de circulación y uso que le confieren el estatus de producto “sagrado” o “puesto a parte”, simultáneamente esta excepcionalidad queda suturada al “gesto prostitucional” que acompaña su producción, y que de algún modo vulgariza su consumo. La cultura ejerce ahora una influencia transformadora en otras esferas de la vida social, y particularmente en la política –a la cual confiere un estatus enteramente novedoso. Lo propiamente biopolítico en este gobierno democrático es, para Brossat, esa superficie de inscripción ilimitada que es el campo cultural operando a través de mediaciones biotecnológicas que actúan para adecuar las disposiciones de los sujetos a los requerimientos de los dispositivos capitalistas. Este régimen de gobierno articulado en los mecanismos del mercado cultural es definitorio de los límites del campo de lo político. Pero hagamos un recorrido más detenido por algunos de los hilos argumentales más sugerentes del libro.

La idea elemental del texto sitúa la esfera de producción, circulación y consumo cultural en la centralidad del campo biopolítico contemporáneo, destacando su capacidad creciente para producir efectos de gobierno: la cultura cobra una dimensión totalizante como modo de organización general de la vida en común. Con ello va cobrando preeminencia un paradigma consensualista que concilia y supera el modelo de división clásico (el del despliegue dialéctico, contradictorio, de la Historia) cuya operación fundante era la definición de un contrincante, de un adversario o, en palabras de Schmitt, de un “enemigo”. Hoy, las sociedades democráticas entran en una nueva fase caracterizada por el hecho de que, en

este dominio cultural en constante expansión, la conflictividad de la vida social se somete a un código completamente diferente. Esta maquinaria de la producción cultural, nos dice Brossat siguiendo a Benjamin, funciona por medio de una agregación por indistinción, es decir, haciendo proliferar un “mimetismo diferencialista” que aglutina a las poblaciones multiplicando sus dinámicas de inclusión/exclusión. Para Brossat, esta forma de gobernabilidad mediante la “aglomeración cultural” tiene la doble virtualidad de configurar, por una parte, un dispositivo de apaciguamiento de la conflictividad estructurante de la vida social, donde la cultura cristalizada como política muerta sirve al fin último de la desactivación de la “guerra civil” permanente; pero por otra, y fundamentalmente, actualiza una figura nueva de “lo democrático” –la “democracia cultural” propiamente dicha– que apunta tentativamente a la revitalización del carisma agotado de la democracia parlamentaria. Por mediación del complejo comunicacional que se articula en las innovaciones tecnológicas, se vuelve plausible esta neutralización de la experiencia traumática de lo político en favor de un consumo cultural que se presenta por doquier como paradigma del pluralismo y de la libertad individual. Ello da lugar a un nuevo tipo de *pastorado* donde, en palabras del autor, “opinión (dominio político) y público (dominio cultural) irán aproximándose poco a poco hasta confundirse mutuamente” (p. 61).

El tipo antropológico característico de esta nueva forma de gobernabilidad democrática es el *homo culturalis*. Allí donde la cultura ocupa la centralidad de los dispositivos biopolíticos con una capacidad intersticial potencialmente infinita, este *homo culturalis* es su producción más primaria. Esta agregación de los individuos en una masa culturizada enmarca sus mundos de sentido y experiencia dentro de entramados complejos de autonomía y heteronomía, de organismo y dispositivo: los sujetos se enredan en las mallas de un orden biosocial que se impone por la acción de los dispositivos de culturización, tejiendo a su alrededor una densa red de referentes culturales que asigna “a cada uno un lugar”. Nos dice el autor: “la cultura entendida como dispositivo global de organización y repartición ha tomado el relevo de la fábrica, la oficina, el servicio militar y el sufragio universal. La cultura es ahora ante todo aquello que pone a la masa en forma, aquello que atribuye a cada uno su lugar dando forma y figura al ser humano en una población dada” (p. 83). En tanto medio protoplasmático en el que fluye ese *homo culturalis*, la cultura es aquello que define su identidad misma: su ser-en-el-mundo es cada vez más su ser-en-la-cultura. Este homúnculo se relaciona con su memoria (la Historia) por mediación de esos dispositivos culturales de agregación en los cuales el pasado, saturado de experiencias altamente conflictivas, es sublimado en precipitados culturales de baja intensidad. La insensibilidad (anestesia) y la desmemoria (amnesia) caracterizan las formas de sociabilidad propias de este orden democrático donde la interacción de los agentes queda reducida a una suerte de “confraternización epidérmica”. De ahí que el autor problematice el giro moralizante que vacía de sentido político la vida pública en pos de una nueva forma de desencantamiento contemporáneo que oscila entre el cinismo y el nihilismo *light*, y que es congruente con esa atenuación de la *hybris* política.

Uno de los motivos recurrentes que aparecen para dar continuidad argumental al texto es la indistinción entre civilización y cultura, para lo cual Brossat se sirve de una lectura cruzada de la obra de Nietzsche y Elias. El ámbito de la cultura, al ser la superficie de inscripción de una abigarrada coalescencia de artefactos culturales, constituye un “dispositivo de moderación y de reducción de tensiones, y en ningún caso tiene capacidad emancipadora” (p. 84). La adquisición de estas disposiciones culturales mediante la instrucción escolar –la educación, en un sentido lato– es la vía por la cual el individuo entra en la esfera de la cultura, se culturiza en su devenir *homo culturalis*. De ahí que el autor reserve un lugar para pensar la transmutación histórica que ha experimentado la escolarización masiva de las poblaciones: si otrora se vio como una institución estratégica para la prefiguración del ciudadano en la democracia representativa –pues acompañaba la aspiración (republicana) de eliminar progresivamente la separación entre las instancias de gobierno y el cuerpo de ciudadanos con miras a favorecer las condiciones para su emancipación (o, al menos, para su igualdad social)–, la instrucción pública acabará por convertirse en nuestros días en un requisito funcional para la entrada de los sujetos en este campo de producción y consumo de los bienes culturales. Ello supone de facto, siguiendo con las palabras del autor, el “desmantelamiento del programa general de la Ilustración” que había sido inspirado en su día por la idea de una emancipación de las poblaciones a través del acceso de los individuos a la Cultura. Establecidas como mecanismo de captura de los individuos para la generación de plusvalías de diversa índole, la transmisión y adquisición de estas disposiciones culturales se perfila desde ahora –y esta es la tesis principal del libro– más bien como un “dispositivo que funciona a través de la desactivación preventiva de todo aquello que potencialmente opera en el sentido de constituir polos o núcleos de acción susceptibles de agregar resistencias a lo intolerable, de crear dinámicas incontrollables de sublevación” (p. 95). Obligados a recomponerse en esta fragmentación de los gustos que saturan el mundo vivido, pero no lo transforman, los sujetos incorporan en sus prácticas las prótesis culturales que les permiten colmar la brecha ontológica que se abre entre el plano ideológico de sus opiniones y el dominio de sus experiencias mundanas (y particularmente de la acción política, la *praxis*).

En conjunto, el análisis que nos propone Brossat subraya esa tendencia a la culturización de la vida pública cuya inflexión la sitúa él en el giro neoliberal de los años ochenta. Paralelamente, el vaciamiento político de la cultura coexiste en espacios culturales saturados de consignas democráticas. Las grandes maquinarias culturales se ponen al servicio de la divulgación del *ethos* democrático, llevando hasta la hipertrofia los formalismos electorales cuyo epítome es –por evocar uno de los ejemplos que trae a colación el autor– ese “tic plebiscitario” replicado por las audiencias que votan telemáticamente en el *reality show* de moda. Un rasgo distintivo de esta nueva escenificación de lo político es justamente esa preeminencia de la mediación evocadora de las imágenes. En los rangos subliminales de esta gramática basada en la imagen se origina un espacio propiamente biopolítico: el gobierno de las poblaciones se concierta con los patrones de consumo multitudinario, en donde la imagen adquiere un valor estratégico. En

una traslación de lógicas intercambiables, emerge la figura de ese sujeto tutelado que es el elector como trasunto en la escena política del *homo culturalis*, que queda disminuido al “ejercicio de una ciudadanía de baja intensidad, de una ciudadanía intermitente, encarnada a través del voto” (p. 111). Las fórmulas electorales se imbrican en las lógicas del mercado de la representación política como en un juego de espejos donde el voto no es tanto la manifestación de una voluntad deliberada como la ritualización de una elección inducida – que tiene por ende efectos de difracción sobre la realidad social representada. Cuando la “cultura” entra en ese espacio de indiferenciación con el totalitarismo democrático, las apelaciones a la “defensa de la cultura” resultan ser sintomáticas de las tendencias securitarias ínsitas en los regímenes neoliberales –y que para Brossat se comprenden en continuidad con la consigna de la “omnipresencia de los peligros”: la vida expuesta a la barbarie, cuyo paradigma en el discurso oficial es la amenaza terrorista. De ahí que el autor alerte en el epílogo de la obra sobre este “exceso de democracia” –distanciándose de este modo de las críticas habituales que claman por su déficit–, en la medida en que “bajo las condiciones de los grandes aparatos culturales, la democracia se convierte en una bufonada o en un conjunto de obligaciones moralizantes sin efectos ni consistencia” (p. 149).

Ilustrativa, edificante y amena. En resumidas cuentas, el balance de la lectura hace esta obra enteramente recomendable. Pese a las múltiples referencias a la sociedad francesa que ilustran el texto, lo cierto es que las cuestiones planteadas tienen en principio una recepción mucho más amplia. Además, esta edición en castellano se acompaña, con buen criterio, de un prólogo expresamente redactado por el autor, así como de una sustanciosa conversación con el traductor, David J. Domínguez, donde las principales ideas son llevadas más allá del texto original a otros escenarios políticos y filosóficos. Cabe por todo ello felicitar el trabajo de traducción y la apuesta editorial de Ediciones Dado, que nos obsequia con una obra en la que quizá los y las lectoras de Alain Brossat puedan encontrar claves que les permitan un desciframiento más cabal de las derivas biopolíticas contemporáneas.